



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Fernández Vega, José

Crisis política y crisis de representación estética : la Primera Guerra Mundial a través de La Nación de Buenos Aires.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Fernández Vega, J. (1999). *Crisis política y crisis de representación estética: la Primera Guerra Mundial a través de La Nación de Buenos Aires*. *Prismas*, 3(3), 143-163. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2692>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Crisis política y crisis de representación estética

La Primera Guerra Mundial a través de La Nación de Buenos Aires

José Fernández Vega

UBA / CONICET

El dilema de las fuentes rojas

En octubre de 1968 unos artistas de vanguardia sufrieron una singular decepción al intentar una acción de homenaje a Ernesto Guevara, asesinado un año antes. Quisieron teñir de rojo el agua de las fuentes de los principales paseos de Buenos Aires, buscando reunir agitación y pintura en el simbolismo de la sangre derramada por el “Che” brotando ante los ojos del público callejero. Se organizaron en grupos de tres, y mientras una supuesta pareja de novios volcaba disimuladamente anilina roja en las fuentes, un tercero protegía la operación. El fracaso fue estrepitoso:

[...] desconocían —explica la crítica que rescató este episodio del olvido— que el agua de las fuentes argentinas no circula en forma cerrada, por lo que la tintura desaparecía inmediatamente.¹

El fracaso de estos artistas militantes tiene, por supuesto, un aspecto puramente técnico y un marco epocal preciso. Pero, en sí mismo, concentra un significado que trasciende la deficiencia operativa tanto como la espectacularidad política intencionada, típica de los años sesenta, y la forma estética no convencional en la que pretendía plasmarse. Dicho significado alude a la dificultad de representar la tragedia social y la muerte histórica, un problema recurrente de los artistas y escritores de la era de las catástrofes, como Eric Hobsbawm caracterizó al “corto” siglo xx, iniciado en 1914 y culminado en 1989.² Y fue precisamente la guerra desatada en 1914, que inaugura la contemporánea “era de las matanzas” según el historiador, la que suscitó la discusión sobre las posibilidades de representación estética de la carnicería europea. En un plano más general, el tema se vincula con las posibilidades de reproducir la realidad en las obras y con el debate sobre las mejores vías para ello, así como con las perspectivas de eficacia política de los mensajes artísticos. Todos estos tópicos generaron am-

¹ Ana Longoni, “Acciones de arte, acciones de violencia”, en *El Rodaballo*, I, No. 2, Buenos Aires, mayo de 1995, p. 39.

² Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx, 1914-1991* (trad. J. Faci et al.), Barcelona, Crítica, 1997, caps. I y II.

plias discusiones antes y después de la contienda, porque constituyen encrucijadas de interés general para el arte moderno. De hecho, bajo el título más abarcativo de problemas de representación de la realidad, amenazan con superponerse con la entera historia occidental de la estética. Pero, tras la Primera Guerra Mundial, adquirieron un estatuto especial derivado del enorme impacto que ese conflicto provocó en la conciencia de la sociedad burguesa. Confiada en la solidez de la civilización y en su ascendente progreso moral y material, pero súbitamente enfrentada a un colapso sin precedentes, los valores de esa sociedad se vieron sacudidos de raíz, pues no podían evadir su parte de responsabilidad por el sangriento desenlace al que, de alguna manera, habían contribuido.

Esta cesura histórica tuvo, desde luego, múltiples consecuencias estéticas. Como es sabido, una de ellas fue la proliferación de relatos literarios y testimoniales sobre la experiencia de la guerra y, particularmente, de la vida (y de la muerte) en los frentes de batalla occidentales. Las distintas estrategias narrativas adoptadas por los escritores y el amplio impacto de las obras entre sus destinatarios inmediatos, los lectores que de una u otra forma habían participado de los trágicos sucesos, son asuntos que merecieron profusos tratamientos específicos. Menos estudiada, en cambio, es la refracción de los dilemas que estas obras resuelven (o plantean) en su recepción periférica, es decir, aquella geográficamente distante del teatro de los acontecimientos. Las líneas que siguen pretenden ofrecer algunas observaciones en el camino para el estudio de estos motivos en la prensa argentina contemporánea a esos hechos, poniendo énfasis también en la profunda crisis de valores morales que representó la guerra. La atención estará puesta en una selección de notas aparecidas en *La Nación*, el principal periódico del país en ese entonces.

Tradicionalmente distinguida por seguir de cerca las evoluciones de la producción europea, central pero no exclusivamente la de origen francés, la cultura argentina de la época de la Gran Guerra se mantuvo muy atenta a los efectos literarios que provocaba la conflagración. Signos de esa atención fueron el impacto que el conflicto y sus repercusiones artísticas tuvieron en las vanguardias locales, las diferentes notas de opinión de autores nacionales o extranjeros que los diarios seleccionaban y los comentarios de los escritores sobre las obras de tema bélico de sus colegas europeos. El impacto de la guerra en las vanguardias argentinas debería ser objeto de un análisis independiente dada su variedad y la amplitud y dispersión de las fuentes. No obstante, puede empezar a perfilarse una caracterización del impacto literario general a partir de algunos comentarios de ciertos importantes escritores e intelectuales argentinos y extranjeros aparecidos durante e inmediatamente después del conflicto en un medio indudablemente central para la vida cultural del país como *La Nación*. De este último aspecto se tratará a continuación mediante el repaso de algunos de los principales artículos de firma publicados en ese periódico mientras se desarrollaba el conflicto.

Entre los colaboradores de *La Nación* se cuentan algunos de los intelectuales iberoamericanos más relevantes del momento. Entre ellos, el filósofo y escritor español Miguel de Unamuno, el poeta y diplomático mexicano Amado Nervo (1870-1919) y el historiador peruano Francisco García Calderón (1883-1953), discípulo de J. E. Rodó y embajador de su país en Bélgica durante la Primera Guerra. La lista incluye otras firmas extranjeras significativas, como las de Max Nordau, el historiador italiano Guglielmo Ferrero, y los franceses Rémy de Gourmont y Paul Adam. En 1911 *La Nación* había publicado algunos cuentos de Henri Barbusse, quien a partir de su elaboración de la experiencia bélica en *Le feu* (*El fuego*, 1916) se

proyectaría como uno de los escritores más difundidos de la época.³ Como se verá, esa novela es uno de los focos de atención de los artículos del diario. Otros colaboradores prominentes, de los que no se hablará aquí, son el poeta nicaragüense Ruben Darío, el escritor argentino Roberto Payró, corresponsal del diario en Bélgica durante el conflicto, y la personalidad literaria local más influyente del momento, Leopoldo Lugones, quien publicó en el período una serie de artículos políticos además de colaboraciones poéticas.

Vistas en conjunto, estas contribuciones, en particular las de autores extranjeros, condensan una serie de tópicos a la vez ideológicos y estéticos. Algunos de los más importantes son la crisis de los ideales de progreso, su posible defensa a pesar del estrepitoso choque de sus presupuestos con la realidad, la valoración de las obras testimoniales o de ficción que surgen al calor de los acontecimientos y la profundización de estas reflexiones en un sentido general, apuntando a las condiciones de posibilidad de cualquier vínculo entre literatura e historia presente.

El futuro de la literatura

La movilización total de la Gran Guerra incluyó naturalmente el llamado a las armas de muchos intelectuales, quienes ya no eran convocados a pronunciarse *sobre* la guerra sino a participar directamente como soldados. Este hecho, como anota Rémy de Gourmont en un artículo de *La Nación* (12 de enero de 1915, p. 4), implicó que “los más bellos espíritus” debieran interrumpir su trabajo para marchar a las trincheras.⁴ Buscando antecedentes clásicos, el autor alega que “[...] Sófocles fue soldado y Descartes también”. Más tarde, García Calderón abordará asimismo el drama del “intelectual soldado” con tonos sombríos: “mueren los selectos... Es la hecatombe del Espíritu” (9 de diciembre de 1916, pp. 5-6). La devastación de vidas jóvenes acabará con las promesas que ellas portaban; la vida cultural de posguerra se prevé desencantada, “Se anuncia un gran silencio en el pensamiento y las letras”, escribe. Pero rescata un aspecto positivo en esta ofrenda de la inteligencia, cifrado en la recuperación de una alianza entre ella y la acción, alianza rota desde hacía tiempo en la cultura occidental. Si por un lado los intelectuales “convertidos repentinamente en hombres de acción” no olvidan en el frente –como creyó de Gourmont– sus tareas específicas (puesto que continúan escribiendo, traduciendo y corrigiendo sus obras, al tiempo que producen un “inaudito epistolario”), por otra parte devuelven al pensamiento una dimensión *activa* de resonancia helénica. “Una heroica generación que combate y analiza –concluye García Calderón– restablece entre la voluntad y la inteligencia la antigua concordancia perdida.”

La guerra *todavía* se vive como aventura, comenta de Gourmont en el artículo ya citado, aparecido al año siguiente del estallido del conflicto, y reproduce la frase de un combatiente sobre el balance de su experiencia en combate: “Me gustó, porque sale de lo vulgar”. A pesar de la fascinación que en muchos jóvenes ejerce la lucha, por la liberación de los instintos que posibilita y la superación del *ennui* burgués que a sus ojos significa, de Gourmont

³ *La Nación* publicó los siguientes relatos breves de Barbusse: “Halali” (4 de febrero de 1911, p. 6); “El nombre” (21 de abril de 1911, p. 7) y “La buena operación” (23 de junio de 1911, p. 7).

⁴ Las fechas entre paréntesis, seguidas del número de página, remiten todas a artículos aparecidos en *La Nación* de Buenos Aires. Los títulos de los artículos se encontrarán en las referencias finales ordenados cronológicamente.

sostiene que la experiencia en el frente es básicamente antiartística. La batalla, argumenta, no deja sitio para la imaginación y, por consiguiente, tampoco para el arte. Los mejores soldados son los que carecen de imaginación (es decir, de espíritu artístico), porque ella “coarta la acción”. En su opinión, que se distingue así de la de García Calderón, creación intelectual y lucha se oponen por el vértice, pues el lugar reservado para la acción guerrera es puramente mecánico.

El mismo autor profundiza sus ideas en otro artículo en el que se ocupa de las consecuencias de la crisis política en la literatura (31 de enero de 1915, p. 4). Sus consideraciones se inician con una observación sociológica: la guerra ha detenido la actividad editorial y literaria de París, pero luego se amplían tomando en cuenta también las expectativas de recepción. La avidez por la actualidad, explica, acapara la atención del público (por otro lado, frente a la parálisis del mercado editorial, los lectores se vuelcan a las bibliotecas y piden en préstamo obras “de la temporada anterior”). En su opinión, los lectores no se interesan en verdad por lo imaginario, a lo sumo reclaman “relatos pintorescos de los últimos hechos de armas”. Tanto desde la observación del público, como desde la de los escritores protagonistas del conflicto, para este autor la imaginación es una víctima de la guerra. En los lectores y autores potenciales, ella se ve cercenada por la perentoria urgencia de los hechos que obstruye así tanto el consumo como la producción de literatura creativa.

En otra vuelta de su reflexión, de Gourmont se interroga sobre las posibilidades estéticas que ofrece la guerra moderna. Su comentario es breve, aunque premonitorio de los debates que continuarán después de 1918. Considera que las batallas se han vuelto “demasiado largas” y “carentes de brillantez” como para entusiasmar al público. Estamos aquí frente a la temprana constatación del carácter anti-épico de la guerra tecnificada, una característica que se haría cada vez más patente en la conciencia occidental a medida que el conflicto se desarrollaba.⁵ Junto con la firme revalorización ético-política de la guerra –*vis à vis* la ambigua condena de los iluministas– el romanticismo había generado una elevación estética de la misma, una actitud cuya raíz puede asimismo remontarse a Kant. El espectáculo de una conflagración reúne, según este filósofo, cualidades propias de la belleza artística, las cuales intencionan asimismo una noción moral superior. Para él, la guerra, “cuando es llevada con orden y respeto sagrado de los derechos ciudadanos”, puede alcanzar el registro ético-estético conceptualizado en su categoría de lo sublime (*Erhaben*).⁶ En contraste, para observadores como de Gourmont, el interminable estancamiento del frente occidental en la Primera Guerra y el horror de las batallas de material que reducen el campo de acción del individuo limitan o anulan las posibilidades de expresión heroica. Esta visión será, luego de la guerra, objeto de un amplio consenso.

Ya no sólo se trata de que el combate mecanizado absorba los recursos de la imaginación artística; es más bien que él no preserva siquiera un espacio para la *acción* creativa. Ter-

⁵ En el siglo XIX no faltaron señalamientos aislados en este sentido. Véase, por ejemplo, la obra de 1814 de Benjamin Constant, *Del espíritu de conquista* (trad. M. M. Truyló Wintrich), Madrid, Tecnos, 1998, II, p. 15.

⁶ Immanuel Kant, *Crítica del Juicio* (trad. M. García Morente), Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 206-207; *Kritik der Urteilskraft*, en *Werkausgabe*, Hrsg. von W. Weischedel, Bd. X, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1994), § 28 (A105-106, B107), p. 187. La guerra es para Kant una posibilidad para lo sublime que el filósofo –espectador estético y juez moral, pero nunca mezclado en la acción– aprecia por el heroísmo que aquélla pone en juego. Sobre el tema, cf. también Hannah Arendt, *Lectures on Kant's Political Philosophy* (ed. por R. Beiner), Chicago, The University of Chicago Press, 1982, pp. 46 y ss.

mina así colonizado por la obediencia de masas y el duelo armamentista. El nuevo carácter de la guerra no permite el surgimiento del héroe trágico ni ofrece perspectivas para su tratamiento estético pues se halla acaparado por el despliegue de la tecnología social y militar. Pero si el presente de la guerra no deja margen para su explotación estética en un sentido afín al romántico, ¿qué tipo de procesamiento literario es aún posible? Una incertidumbre acerca del futuro de la literatura, que surge sobre el transfondo de una obsesión por la predominancia de la técnica, domina el artículo de Gourmont. Su cuestión se resume en la duda: ¿qué quedará de la literatura –material y artísticamente hablando– frente a la competencia de la realidad? El futuro de la escritura parece puesto en entredicho. ¿Habrán tragedias teatrales? ¿Se volverá la literatura más cínica, como la guerra misma? se pregunta retóricamente el articulista sin arriesgar una resolución a sus planteos teñidos de pesimismo.

El futuro de la literatura *después* de la guerra es un tema que también preocupa a Amado Nervo, pero, en su caso, resolviéndose en una respuesta alentadora. Este autor confía en las virtudes “purificadoras” del fuego bélico en todos los órdenes, y ello se extiende asimismo a la esfera literaria (23 de abril de 1915, p. 5). Centrando su comentario en la literatura francesa –algo por otra parte habitual entre los colaboradores de *La Nación*–,⁷ Nervo opina que ella abandonará toda la frivolidad *chic* que la caracterizaba y dejará de ocuparse del tema banalmente burgués que la obsesionaba desde hacía dos décadas: el adulterio. La seriedad de la catástrofe se impondrá e impulsará un renacimiento de la “humanidad viril”. Entre otros fenómenos culturales pre-bélicos que Nervo deplora se cuentan el cubismo y el futurismo de Marinetti.

Nervo se enrola en un ideario atribuido a los conservadores, pero presente en capas más amplias de opinión al menos hacia el comienzo de las hostilidades. Dicho ideario ve en la guerra una ocasión para el mejoramiento moral, para el desarrollo de capacidades adormecidas o narcotizadas por la paz burguesa. Desde esta perspectiva, una evolución ética –superadora de la degeneración histórica previa– debe peregrinar el camino de la catástrofe y el dolor que conlleva el conflicto. Nervo concluye haciendo votos en este sentido: “El diamante Hombre adquiere una nueva faceta en cada sacudimiento, en cada angustia universal. La sangre vertida, el dolor sufrido florecen en una maravillosa cosecha de rosas. Tengamos fe”.

Pero ética y estética no tienen caminos exactamente paralelos. Poco después del inicio de las hostilidades, Nervo ya había anticipado la idea, expresada por de Gourmont, según la cual la fantasía literaria había sido “destronada” por la abrumadora realidad del conflicto. No obstante, para él, el silencio del arte era tributario de razones más altas: “Ahora todos los escritores callan –sentencia–. Ahora se engendra la historia” (18 de diciembre de 1914, p. 5). Sólo la cámara cinematográfica trabaja, y es en sus registros donde Nervo deposita su confianza documental y moral sobre la guerra. El cine revivirá los fantasmas de los muertos con su “verdad mentirosa” (alusión a las imágenes veristas proyectadas en la pantalla) para las futuras gene-

⁷ De hecho, la única referencia a una novela alemana en *La Nación* es a *Lejos del frente*, del barón von Schlicht, comentada incluso a partir de su traducción francesa –pero en ocasión de la aparición de su versión española– por E. Gomez Carrillo (7 de junio de 1917, p. 6). De todos modos, lo que se destaca de la obra es su mundanidad “a la parisina” y el afrancesamiento de su tema frívolo: un “decamerón de la guerra” interpretado por alemanes. Los personajes, seres ricos, egoístas y cosmopolitas, tratan de mantenerse al margen de la guerra mediante el amor galante y la vida disipada. El comentarista se sorprende de que este libro sea un producto alemán y lo contrasta con la austeridad que, según estima, la guerra imprimió a la literatura francesa.

raciones, las cuales, a través de la cinta cinematográfica, recibirán una lección de antimilitarismo, pues las imágenes exhibirán los estragos de la “barbarie civilizada”. Apostando a una función social del cine que lo lleve más allá del mero entretenimiento de masas (Sherezade moderna, lo llama), Nervo parece sostener que el retrato histórico-realista debe dejarse en sus manos. La guerra traerá aparejada una renovación social; se volverá a construir –y mejor– sobre las ruinas de las ciudades. Pero el cine, vaticina, atesorará memoria y enseñanza.

Metafísica y testimonio

La incógnita sobre el futuro de la literatura constituye, como se anticipó, un foco de preocupaciones reflejado por *La Nación*. Una pregunta recurrente la sintetiza: ¿quién escribirá la narrativa de la Gran Guerra? Miguel de Unamuno opina que los soldados son los menos indicados para escribir sobre la guerra porque ella les resulta demasiado inmediata; su visión, por tanto, es necesariamente unilateral y, en consecuencia, incapaz de una “historia artística” (9 de marzo de 1916, p. 5). Nordau, por su parte, divide a los escritores en tres clases: los movilizados que sufren la experiencia del combate, los que se prestan a la propaganda nacionalista desde la prensa y los que “componen historias de trincheras que parecen perfectamente grotescas a todos los soldados del frente de batalla...” (1 de agosto de 1916, p. 5). Ninguna de estas tres categorías parece destinada a llevar a cabo la gran obra narrativa. Las estadísticas hablan nuevamente de una continua producción editorial, pero los relatos que se producen llevan a Nordau a la siguiente pregunta típica: “¿qué va a quedar de todo este fárrago monótono, sin verdad, sin medida, sin interés?”.

El relato verista, colorido y dramático es unánimemente despreciado por los articulistas de *La Nación*. También Unamuno descalifica la producción literaria contemporánea a la guerra como mera literatura de ocasión. Cree que dicha producción no perdurará y que será necesario esperar el final de la contienda para que surjan las obras definitivas (ofrece en testimonio su propia novela *Paz en la guerra*, sobre las guerras carlistas de España de las que fue testigo en su infancia, pero cuya impresión sólo pudo elaborar narrativamente mucho más tarde). El autor se hace aquí eco del viejo tópico que exige una sedimentación temporal de la experiencia para que ella pueda ser elaborada estéticamente de manera destilada, sin residuos circunstanciales. Coherente con estas opiniones, Unamuno manifestará en otro artículo, publicado tres años más tarde, su escepticismo respecto de los valores y la capacidad de perduración de la (en su momento) más famosa novela producida en el frente de batalla.

Cuando leímos *El fuego* (*Le feu*) de Barbusse, en camino del frente italiano, nos pareció que el autor sufrió más en su imaginación que muchos de aquellos cuyos sufrimientos carnales describe. Y no creemos que esa obra, que tan fulminante éxito tuvo durante la campaña, resista a la acción del tiempo. El tiempo demuestra todo lo artificioso que suele ser el realismo crudo. Aparte de que en el libro de Barbusse hay demasiada ideología y no estética (28 de mayo de 1919, p. 4).

En un interesante contrapunto, compara –desfavorablemente para Barbusse– el “realismo chilón” de su escritura con las, para Unamuno, muy superiores cartas privadas de Pedro M. Masson (muerto en combate en 1916) editadas como *Lettres de guerre*. Masson fue autor de

una tesis sobre Rousseau, explica, y corrigió sus pruebas en el frente. En una sutil vuelta trascendentalista, Unamuno argumenta contra el realismo apoyándose en el ejemplar testimonio que, en su opinión, ofrecen las *Lettres de guerre* de Masson, a las cuales opone las penurias materiales (“el dolor de la carne”) descritas por Barbusse. La lucha interior de la religiosidad de Masson, quien se negó a tomar notas sobre su experiencia en el frente pues consideraba esa práctica como literatura de retaguardia, es más densa en significados que la lucha material en los campos de batalla. La mayor tragedia del combate, continúa Unamuno, consiste en que quita a la muerte todo su valor poniendo la salvación del propio país por encima de la salvación de las almas, y es en esta última donde se cifra la auténtica tragedia del destino humano. Citando con aprobación unas reflexiones epistolares de Masson, sostiene que con la paz volverá a plantearse en toda su centralidad el problema de la vida “enteramente sencilla y enteramente desnuda [problema que, después de las hostilidades,] recobrará lo trágico que parece haber perdido en los campos de batalla”.

Intelectual politizado, colaborador habitual de la prensa, sería inadecuado leer en estas consideraciones una especie de indiferentismo metafísico de Unamuno frente a la realidad. Se trata aquí más bien de una idea que intenta traspasar el carácter abrumador de la guerra situándola en un lugar de apariencia terrible pero al fin superficial. La carnicería no expone la esencia humana en su verdad, sino que la distorsiona. El problema de la finitud, el drama de la muerte, es ocultado más que revelado por la violencia política masiva. Es un núcleo existencial, elevado a categoría estética, lo que en definitiva se halla en la base del rechazo de Unamuno del realismo en la literatura de tema bélico. Para él, ninguna descripción “verdadera” del drama social de la guerra se acercará jamás al centro de la tragedia humana. Desde las alturas de sus convicciones filosóficas parece afirmar que el realismo –y no la metafísica, como podría creerse– es una estrategia de evasión. Entre los articulistas de *La Nación*, Unamuno ofrece la más profunda objeción al inmediatez de la literatura social al tiempo que plantea la crítica más articulada a las debilidades de una estética puramente naturalista sobre la guerra, aun cuando la misma esté animada por ideales socialistas (como los de Barbusse) que su espíritu religioso reconoce redentores, pero limitados a una esfera inmanente.

Aunque Unamuno hace una valoración fundada en una concepción filosófica personal, la esencia de su actitud puede ser situada en una perspectiva más amplia, cuyos antecedentes en *La Nación* son dos artículos publicados respectivamente por Nervo y García Calderón. El primero, cuya confianza en las virtudes purificadoras de la guerra no dejan lugar a dudas, advierte en ella una tendencia “espiritualizadora” (13 de mayo de 1917). Según Nervo, el hombre readquiere su sentido interior a través del dolor y la muerte cotidiana en el frente. También en las ciudades de la retaguardia se vive un proceso en cierto modo comparable debido a las “tinieblas” en las que las sumen la falta de iluminación adecuada. La visión fastasmagórica de los grandes edificios urbanos en penumbras produce una subyugación estética de acento romántico y un repliegue a la interioridad. Será muy improbable, señala Nervo, que un “júbilo loco” se apodere de la gente después de acordada la paz (según una hipótesis propuesta por de Gourmont). El dolor ha sido muy intenso y los soldados habrán aprendido la lección del espíritu en la oscuridad: la inexorable e infinita soledad humana. El acento existencial, menos filosóficamente denso que el de Unamuno, se hace aquí de todos modos presente. Una vez desmovilizados, profetiza Nervo, los soldados se resistirán a los encantos de la mundanidad. Meses antes, en una nota ya citada, García Calderón se había manifestado en un sentido

similar acerca de las consecuencias que para los “intelectuales soldados” trae aparejada la diaria enseñanza de la muerte (9 de diciembre de 1916, pp. 5-6). Coincidiendo en general con la línea interpretativa trazada por Unamuno, este articulista detecta en los combatientes una fruición metafísica, pero acompañada de una tensión hacia la armonía que, en definitiva, le imprime su carácter. De este modo –y ahora en consonancia, al menos parcial, con la visión de Nervo– se afirma una revalorización de la violencia “que hace circular la vida”. Esta metafísica de la vida y la lucha incluye una nueva espiritualidad y una especie de vuelta helénica al contacto entre el hombre, la naturaleza y el cosmos. Se alegan como prueba las palabras de un joven intelectual caído en combate: “Desprecio demasiado las máquinas, decía en una carta –un desdén a lo Pascal– para tener miedo de los bombardeos. Gozo profundamente de sentirme muy por encima de los acontecimientos”. Esta actitud no desnudaría una negación delirante del peligro, sino un estado de elevación, una comunión con lo esencial, que permite trascender la omnipresencia de la técnica letal.

En otra de sus colaboraciones, Unamuno vuelve –esta vez en un tono más crítico– a examinar los ideales que animan al progresismo estéticamente realista. Su punto de partida es un análisis del manifiesto del grupo “Claridad” encabezado por Anatole France y Henri Barbusse (“el autor de la novela tan trabajosamente artística, y hasta artificiosa que es *Le feu* –un enorme éxito de momento–[...]”, 23 de noviembre de 1919, p. 5). El documento le parece retórico. Aunque bien intencionado, está saturado de planteamientos pastorales y vacíos acerca de la paz, la armonía social y el trabajo: “[...] es del más puro y más tradicional progresismo y demuestra cuán robusta es la fe [artística en el progreso] del viejo volteriano [i.e., A. France] y de sus compañeros”. Para Unamuno no hay una mejora histórico-moral de la especie humana cuyo camino ascendente deba atenerse a un recorrido determinado de antemano.

El concepto de progreso de los progresistas es un concepto eminentemente conservador y en el fondo estático [...] Los progresistas temen la marcha a través de la selva virgen [i.e., el futuro incógnito y abierto] y pretenden que la humanidad marche sobre rieles.

En su opinión, “la salud de los pueblos en una república universal”, es decir, la esperanza de una organización pacífica de la política que supere la división en estados es una noción tediosa. Desde una concepción agónica de la existencia, Unamuno se burla de los “progresistas” a quienes en el fondo les reprocha su miedo a la vida.

La visión que expone Unamuno a lo largo de sucesivas contribuciones a *La Nación* es fiel a una línea doctrinaria consistente. Otro ejemplo de ella es una nota que había publicado a poco de estallar el conflicto. En ella pone en escena a un “extraño rusófilo” –partidario no de la Rusia del zar, sino de la de Dostoievsky–, quien afirma: “Estoy aguardando el reinado del Eclesiastés, el único que acabará con las guerras para sumirnos en una tragedia más íntima, pero no cruenta” (28 de octubre de 1914, p. 4). En una Europa materialista lanzada al salvajismo del enfrentamiento en nombre de las distintas culturas e intereses nacionales que la componen, Unamuno hace una original afirmación metafísica de otra tragedia que a sus ojos le parece esencial: la soledad existencial, la finitud del hombre. La guerra, en definitiva, pone entre paréntesis dicha esencia trágica y lleva a olvidarla más que a remarcarla. La verdadera literatura será la que arroje su luz sobre esa esencia.

La polémica sobre *El fuego* como valoración del realismo

Poco después de la aparición de su novela, Barbusse, quien todavía se hallaba en el frente, le escribió a su mujer informándole sobre la publicación de una traducción española, aparentemente la primera versión extranjera de su trabajo.⁸ En su correspondencia se destaca la ansiedad por presentar su obra al consagratorio premio Gouncourt, con la que finalmente se la distinguiría. Los comentarios sobre *El fuego* se repiten en los artículos de *La Nación*, y es natural que así sea dado que la novela se escribió al calor de los acontecimientos y gozó de una “fulminante” repercusión según Unamuno, cuyas consideraciones críticas ya fueron expuestas más arriba. Mientras éste representa el más alto punto de rechazo a la novela de Barbusse, otros colaboradores del diario la evalúan de forma más matizada.

En un análisis de las obras premiadas por la academia Gouncourt, Francis de Miomandre recuerda que en 1914 se suspendió su entrega debido a la crisis y que al año siguiente se eligió a *Gaspard*, de René Benjamin. En 1916 se repartieron dos premios, uno para *L'appel du sol*, de Adrian Bertrand y otro para *Le feu*, de Barbusse, autor de quien afirma que “está lejos de ser un desconocido para los letrados y para el público francés” (28 de marzo de 1917, p. 6). Todas las obras mencionadas tienen tema bélico, pero las últimas dos le parecen literariamente muy distintas. *El fuego*

[...] es en realidad una visión franca, atroz, definitiva de la guerra moderna [...] Nada de lo que hace la guerra hermosa, atrayente, consigue interesar a estos héroes modestos [de la novela] para los cuales hasta es injusto el nombre de héroe como una ofensa, a tal punto comprenden su vanidad [...] Su vida cotidiana es una interminable espera en el lodo de las trincheras; ya casi no hay batallas, pero una especie de terribles holocaustos a la omnipresencia de la artillería, cada día más armada, más terrible (sic).

Mientras esa novela desglozifica la guerra y la describe como una matanza inmóvil, *L'appel du sol*, en cambio, posee un tono alegre y se desarrolla en los momentos iniciales de la contienda. El crítico ve en el rechazo a la guerra de los *poilus* (“peludos”, nombre vulgar para los soldados franceses) de *El fuego* una confirmación del carácter antimilitarista francés que se bate, justamente, para acabar con las guerras. El cuadro que presenta Barbusse, de acuerdo con De Miomandre, es siempre sombrío, pero auténtico. “¿Eso es la guerra? –nos preguntamos– ¡Pues es sublime que los franceses soporten eso por la justicia!” Como puede apreciarse, se ensaya aquí una reapropiación patriótica del texto de Barbusse, valorando en él un tópico que algunos autores –el propio Barbusse, Hemingway– consideraron esencial en este tipo de narrativa: su “verdad”, aunque atribuyéndole un sentido naturalista, en el primer caso, o estético-interno como efecto de la prosa cuidada y descarnada, en el segundo.

También García Calderón (9 de abril de 1917, p. 6) analiza los premios Goncourt, una academia menor, según este crítico, pero que ofrece la posibilidad de una celebridad inmediata. En dicha academia “dominan novelistas de la tradición de Zola”, muy lejos de la línea pro-

⁸ *Lettres de Henri Barbusse a sa femme*, 1914-1917, París, Flammarion, 1937, carta del 17 de agosto de 1917. Si bien no menciona otros datos, seguramente se refiere a *El fuego en las trincheras* (trad. Ciro Bayo), Madrid, Rafael Caro Raggio editor, 1917.

pia de los sutiles y exquisitos hermanos Goncourt. No es casual, por tanto, que haya distinguido a la “novela de un talento otoñal que no conquistó la gloria con su primer libro denso y doloroso [*El infierno*]”. *El fuego* representa una “crónica fidedigna de la Gran Guerra”, una “sucesión de intensos cuadros” que muestran el reverso de la medalla de la guerra. El crítico encomia el lenguaje verista de los diálogos:

[...] el “peludo” que Barbusse describe ignora nuestras convenciones. Habla simplemente en lengua deformada y realista, grosera e intensa, donde se mezclan dialectos locales, voces del hampa, expresiones del instinto popular robustecido, frases de cuartel o de taller, injurias elocuentes, imágenes de admirable relieve.

Para Francis de Miomandre el énfasis diferenciador entre los autores premiados en 1916 por la academia Goncourt se halla más bien en el carácter de sus obras y no en su ideología; García Calderón, por el contrario, enfatiza que ellos pertenecen a vertientes políticas opuestas. Su comentario se centra en *El fuego*, al que considera un libro de realismo antibélico:

[...] un socialismo elemental palpita en las páginas finales [...] Si Barbusse describe la batalla animal, Bertrand cree en la sangre regeneradora. Joseph de Maistre reconocería en su discípulo remoto alguna de sus tesis cardinales.

Puede decirse que la oposición ideológica entre Bertrand y Barbusse, según la ve García Calderón, es análoga a la que Elias encontró entre Jünger y Remarque en la literatura alemana, y posiblemente sintetiza los grandes rasgos de las dos principales actitudes ético-estéticas que produjo la guerra en sus diferentes manifestaciones nacionales: el rechazo al belicismo militarista y el rescate de las virtudes marciales que la guerra despertaría de su letargo burgués.⁹

Bertrand, continúa García Calderón, habla de la “grandeza moral de la guerra” que nos enseña a convivir con la muerte, a fortalecernos con el peligro, a superar la mediocridad. El crítico lo compara con el mariscal alemán von der Goltz, “en cuyos libros la paz indefinida acumula degeneraciones”. Y luego se pregunta: “¿Quién yerra en este diálogo, Bertrand o Barbusse; el apologista de la lucha por las ideas o el pacifista a quien el espectáculo de la guerra ha dado un nuevo frenesí?”. La respuesta, aclara el autor, no puede dirimirse lógicamente; sólo los acontecimientos venideros podrán aportar claridad sobre ella. ¿Se conservarán en la paz las virtudes heroicas o se recaerá en la frivolidad? El interrogante vuelve sobre las constantes especulaciones de las notas de *La Nación* acerca del carácter de la literatura futura.

En la esperanza de que la catástrofe produzca un gran acontecimiento literario, la “gran” novela emblemática del momento constituye otro de los tópicos de los comentarios. *La guerra y la paz* de esta conflagración aún no ha sido escrita, explica García Calderón en la misma nota repitiendo así el lugar común. Con todo, en su opinión, Barbusse aporta “elementos de insuperable grandeza”. Al menos literariamente, el crítico parece inclinar con moderación la balanza de los juicios de valor hacia el lado de *El fuego*, pero sin que ello implique un compromiso político con las tomas de posición del novelista.

⁹ Norbert Elias, *Studien über die Deutschen*, Frankfurt a. m., Suhrkamp, 1994, p. 278.

La crisis de los valores civilizatorios y la valoración de la guerra

Otro tópico continuo en los artículos refleja las preocupaciones del momento acerca del colapso de los valores en los que se fundaba hasta 1914 una civilización satisfecha de sí misma. Una atmósfera espiritual optimista se vio bruscamente enfrentada a “todo aquello que ya no parecía posible sobre la tierra... como vómito final de las barbaries primitivas”, tal como expresivamente sentencia Pierre Loti en una viñeta sentimental sobre dos niños refugiados (25 de febrero de 1916, p. 5). La crisis de confianza en el constante progreso moral produjo una serie de efectos discursivos que van desde variadas estrategias de rescate de los valores modernos hasta la constatación de su definitivo hundimiento. Las diferentes intervenciones en *La Nación* mantienen aún viva en su escritura ideologemas de época: la retórica del honor, la patria, el discurso de la raza (que tiene connotaciones menos biológicas que culturales y no anticipa directamente el racismo de la Segunda Guerra).

Max Nordau, por caso, plantea la búsqueda de una forma civilizada de guerra, ya que la civilización no pudo, como se creía, impedirla por completo (19 de diciembre de 1915, p. 6). García Calderón lamenta que las “leyes caballerescas de la guerra” estén en trance de desaparición barridas por una tecnología que carece de intenciones y no discrimina moralmente sus objetivos militares (12 de marzo de 1915, p. 7). La guerra es también para él una bancarrota de la civilización y una vuelta al espíritu cristiano del sacrificio. Defiende la actitud distanciada y pontificadora de Romain Rolland desde su refugio suizo de los ataques que le dirige la prensa francesa por su pacifismo abstracto, “beato, retórico”. La defensa de valores “caballerescos” en medio de una tragedia que los niega es también afirmada por Gómez Carrillo en su elogio de la actitud de otro escritor célebre, Maurice Maeterlink, quien se habría resistido al odio nacionalista y no habría perdido ni su objetividad de opinión ni su coraje para emitirla (25 de junio de 1916, p. 5). Maeterlink habría reconocido que los alemanes son un *iustus hostis* a quienes se puede combatir por sus ideas pero no negarles dignidad humana. Curiosamente, los comentarios de Gómez Carrillo incluyen también un elogio a D’Annunzio y Maurras, autores que no encajan precisamente en la caracterización atribuida al poeta belga. Con todo, el ejemplo de Maeterlink es apenas un caso de un problema de más amplio alcance: el de la autonomía de los intelectuales. En una nota anterior García Calderón ya había deplorado la actitud de los eruditos alemanes que prestaron su pluma a la propaganda militarista y se convirtieron en apologistas de la guerra, olvidando su compromiso profesional con la verdad y alejándose del ejemplo de las grandes figuras de la cultura alemana (11 de enero de 1915, pp. 3-4). Estos profesores exaltan un patriotismo violento negando así los valores del legado humanista de su propia tradición nacional. La dificultad de conjugar las convicciones personales con las exigencias de objetividad en un clima pasional agudamente exaltado por la crisis es otra de las penurias intelectuales a la que los colaboradores de *La Nación* se refieren una y otra vez. En sintonía con el antigermanismo del diario, focalizan siempre el caso de los intelectuales alemanes, a quienes caracterizan como servidores del militarismo del *Reich*, fuente de todos los males presentes en Europa.

En ocasión del segundo aniversario de la guerra, Nervo retoma su afirmación acerca de los beneficios civilizatorios que en última instancia traerá aparejada la guerra, pero esta vez lo hace basándose no en ideas del conservadurismo belicista como en su artículo anteriormente citado, sino en un manifiesto y original rescate de la filosofía de la historia de Kant (1 de agosto de 1916, p. 4). Su interpretación, debe decirse, es fiel a los lineamientos kantianos

cuando afirma que la guerra es beneficiosa para la especie humana mirada de conjunto y en perspectiva histórica (Kant sostenía que no lo era, en cambio, para el individuo).¹⁰ La tesis acerca de los planes racionales de la providencia orientados a un fin moral, también de raíz kantiana, lo lleva a confiar en los desiginnios divinos cuyos propósitos últimos –“los radiantes destinos humanos”– otorgan sentido a “la aparente crueldad de las cosas” que la inmediatez de la guerra vuelve patente. Ésta es una profesión de fe de cuño iluminista, pero revestida de un tono religioso más enfático que en el caso de Kant, cuya filosofía autoimpone un límite crítico en este sentido. Nervo embiste contra los alemanes a quienes llama “semi-ilustrados”, al tiempo que se apoya en la figura central de la *Aufklärung*.

Como otros articulistas, Nervo destaca las paradójicas ventajas de la guerra, a la que no embellece aunque la justifica con un trascendentalismo histórico de matriz ilustrada. Otro de sus artículos concluye con una síntesis de su posición afirmando que “El mundo marcha hacia un estado espiritual más alto, a través de la catástrofe” (8 de febrero de 1916, p. 5). La hecatombe no se celebra, pero se la ubica en la perspectiva optimista de un devenir histórico que, evocando a Kant, si destruye al sujeto, al menos eleva al género humano como conjunto.

Los colaboradores de *La Nación* destacan generalmente que, en el plano social, la guerra permite el apaciguamiento de las disputas internas, sobre todo las motivadas por el radicalismo revolucionario, y fragua en cada país la unidad moral y nacional. Según esta visión, cada trinchera configura un espacio de fraternidad universal. La posibilidades unificadoras que para cada bando ofrece la lucha militar contra el enemigo son destacadas en ciertos textos. Para Guglielmo Ferrero la confraternización nacional de las clases sociales es el fenómeno moral más impresionante que trajo aparejada la guerra; las trincheras anulan las diferencias de clase, y ello se verifica también en la vida civil. Particularmente asombroso es para él el caso de Francia, un país históricamente desgarrado por múltiples divisiones internas (18 de julio de 1915, p. 5). También de Gourmont estima que la guerra impulsa la mezcla social y galvaniza la unidad nacional; el frente –sostiene, repitiendo así un tópico– facilita una solidaridad combatiente sin distinciones (12 de enero de 1915, p. 4). Después del conflicto, sin embargo, esta comunidad igualitaria de combatientes se tornará problemática. Como explica Benjamín Sanin Cano, corresponsal del diario en Londres, la jerarquía social y la autoridad entraron en crisis tras la desmovilización (21 de mayo de 1919, p. 4). Los sirvientes vuelven a la vida civil llenos de medallas y honores y grados militares. El tratamiento que pueden dar sus patrones ya no es el mismo que el de antes de la guerra. Algunos de estos trabajadores sienten “nostalgia del campamento” y vuelven a alistarse. No pueden habituarse a la paz, concluye el autor, porque son animales de costumbres.

Un elogio del estímulo moral, material e intelectual que produce la guerra es el de Paul Adam (2 de abril de 1917, p. 7), quien también sigue parcialmente en esto una línea kantiana. La abnegación en los campos de batalla, el estoicismo demostrado por los habitantes de las ciudades y los descubrimientos increíbles de la ciencia son resultados positivos generados por la lucha. Ella marcaría el fin de la indolencia y el comienzo de una expansión de las fronteras del cuerpo y la mente humanos. Por otro lado, argumenta Adam, la importancia que en

¹⁰ Kant, *Filosofía de la historia* (trad. E. Imaz), México, FCE, 1941, pp. 46 y ss.; *Werkausgabe* Bd. XI, 1 (A390-391), pp. 36 y ss.

esta guerra tiene la producción industrial ha hecho realidad los pronósticos de Compté en relación al creciente poder de los directores científicos de las fábricas. El trabajo se ha vuelto tan decisivo que batallones enteros han tenido que regresar del frente para integrarse a la producción fabril cuya relevancia no es menor que la de la estrategia militar. En la catástrofe de la modernidad, este autor ve también su consagración y un efecto estimulante para el progreso, cuyo camino se halla orientado por los sabios:

Hoy en día se comprueba sin discusión que los organizadores por excelencia del Estado no son ya el sacerdote ni el príncipe como en la antigüedad; ni el magistrado y el orador como ayer, son el industrial y el sabio. A la Academia de Ciencias, a la asamblea de ingenieros corresponde el derecho y el deber de gobernar la nación. He aquí lo que resulta de la guerra según la profecía de Augusto Compté.

Para Adam ha sonado la hora de los intelectuales.

Esta visión celebratoria de los efectos de la lucha militar –todo, incluso la catástrofe, cuenta en definitiva como ganancia para el desarrollo de la civilización– se compensa con discursos fuertemente negativos. Ambas tendencias, presentes en las notas de *La Nación*, son parte del legado iluminista potenciado ahora por el optimismo positivista y científicista o corroído por una actitud pesimista de tono moral. En una de sus colaboraciones, Nordau lamenta con fogosa retórica las privaciones que produce el conflicto y la consecuente decadencia moral que impulsa (10 de junio de 1917, p. 5). En su opinión, la población soporta estas privaciones menos por estoicismo que por “anestesia psicológica”, es decir que ellas no producen una elevación espiritual, sino más bien un embotamiento. La guerra puso de relieve, continúa, que no se ha avanzado en la autonomía individual, única medida verdadera del progreso por contraposición al criterio entusiasta de quienes sólo fundamentan sus consideraciones en los adelantos de la civilización material. Mientras los europeos se someten a la canalla belicista que los domina, sostiene Nordau, la muy reciente revolución de Rusia demuestra que un grupo de hombres decididos puede lograr la emancipación. En un segundo artículo, el mismo autor afirma que el libre cambio y la cooperación internacional deben primar contra el proteccionismo, el agrarismo y la expansión colonial reaccionaria y “anticientífica” (9 de julio de 1917, p. 5). Pero la condición es que las guerras deben acabarse. De lo contrario reinará en Europa, como en esos momentos, la escasez. Puede comprobarse, en este caso como en otros, que el discurso de crítica y de afirmación sobre el progreso es a menudo oscilante en un mismo artículo.

Pacifismo

Otra significativa nota de Nordau plantea un repaso de las relaciones entre literatura, guerra y paz:

En todos los tiempos, los escritores de buenos principios, puntales de los tronos y los altares, han proclamado la utilidad y la belleza incomparable de la guerra. La literatura pacifista no está representada en la antigüedad más que por los profetas de Israel y por algunas ocurrencias arriesgadas de Platón y Aristóteles (21 de noviembre de 1917, p. 5).

Posteriormente, y hasta la aparición de Saint-Pierre y Kant, sólo voces aisladas del renacimiento se habrían sumado a ese débil grupo de opinión. Pero J. de Maistre, Bernhardi y el *Feldmarschall* Moltke son parte de una influyente concepción que ve degradación y materialismo en la paz; purificación, altruismo, solidaridad y desinterés en la guerra. Ésta es una corriente de “escritores lamedores de botas”, dictamina el autor. En verdad, la oposición típicamente moderna entre guerra como actividad comunitaria, por una parte, e individualismo mercantil, por la otra, tiene una larga historia. Ella no se encuentra necesariamente vinculada a la apología de la lucha militar en sí misma, sino más bien a la crítica de la dinámica competitiva de la sociedad burguesa que despolitiza a los ciudadanos, aislándolos entre sí en la lucha por su supervivencia y crecimiento económicos. Frente a una población celosa de su círculo familiar inmediato y desatenta a los llamados de la esfera pública, la guerra se presenta como una empresa colectiva y reivindicadora del compromiso cívico.

Pero Nordau tiene intereses polémicos más urgentes que el balance de la ambivalente herencia moderna. Frente a los apologistas de la guerra como purificadora de la moral colectiva se pregunta si esas profecías se cumplieron tras cuatro años de violencia. Y se responde que

[...] el único producto cierto de la guerra hasta ahora, es esa figura brillante: el enriquecido [...]. Es proveedor del ejército. Ha instalado fábricas por cuenta del gobierno. Es comerciante y eleva el precio de venta de sus mercaderías a alturas vertiginosas. Acapara los artículos más indispensables [...] He aquí –concluye– cómo la guerra eleva el alma, exalta todas las tendencias nobles, enseña el sacrificio y el desinterés.

Por su parte, el soldado en la trinchera se encuentra reducido a mero engranaje de la maquinaria militar, “héroe sin quererlo”. Mientras la técnica abrumba al individuo en el campo de batalla, el interés privado domina en la retaguardia. Las supuestas virtudes a las que refiere el discurso sobre los estímulos moralizantes de la guerra brillan por su ausencia en la realidad, sostiene el autor. Incluso Nervo, un partidario de ese discurso, admite con repugnancia la existencia de comerciantes inescrupulosos. En su crítica se permite incluso un brote antisemita –raro pero no único entre los colaboradores de *La Nación*– al denunciar las oportunidades que la guerra ofrece a los especuladores: “Los judíos aguzan ya sus dientes” (18 de diciembre de 1914, p. 5).

Aparte de Nordau, y de la defensa que García Calderón hace de la actitud solitaria de Rolland, no hay muchos colaboradores de *La Nación* que afirmen posiciones que puedan considerarse afines al pacifismo. J. J. de Souza Reilly sostiene en un artículo que Suiza se ha convertido en un refugio de ridículos pacifistas de todo el mundo (que pronuncian conferencias en esperanto). Sin embargo, sus burlas no alcanzan a Rolland (14 de mayo de 1916, p. 7). Meses después, el mismo autor hace mordaces comentarios sobre el proceso judicial llevado a cabo en Rusia contra los seguidores de las doctrinas de Tolstoi, poniendo de relieve su extravagancia cristiana y contraponiendo su actitud con la de Alexis, el hijo del novelista (no confundir, advierte, con el dramaturgo homónimo), quien publicó en París un libro en el que se pondera al militarismo (8 de septiembre de 1916, pp. 5-6). Unamuno, por su lado, considera que la guerra no terminará –ni debería terminar– hasta que el militarismo prusiano haya sido destruido. Cree que esta guerra es justa y que quienes desean la paz a toda costa son tan salvajes como los que glorifican el conflicto militar. Si llegara a acordarse una paz precaria con Alemania, ella sólo sería la antesala de otra guerra (1 de agosto de 1916, pp. 5-6). Los alia-

dos, escribe en otra nota, son defensores de la causa de la justicia cristiana contra la “barbarie científica” representada por el *Reich*, que intenta el “magisterio cultural” sobre otros pueblos, negándoles su derecho a la autodeterminación (29 de abril de 1916, pp. 5-6). Rechaza la “doctrina cuáquera y tolstoyana” de la resistencia al mal por considerarla suicida dadas las circunstancias, aunque denuncia un riesgo militarista proveniente del sector conservador de los aliados.

Poco después del estallido del conflicto, García Calderón había presentado un interesante examen de la concepción pacifista del utilitarismo liberal a partir del comentario de un libro de Angell, un economista estadounidense que aplica sus conclusiones a América Latina (3 de agosto de 1914, p. 4). Dicho autor sería partidario de la “ley de Spencer”, es decir, creería que “el industrialismo en progreso es enemigo de la guerra”. El continente americano podría beneficiarse del desarrollo industrial si impulsa una unificación basada en la interdependencia económica de los distintos países que ponga fin al caudillismo pendenciero, al espíritu conquistador, a la indolencia hispánica y a la pobreza endémica. Este pragmatismo no está llamado a despertar entusiasmos pasionales, dice el comentarista, pero su simplismo no puede refutarse. La guerra es atraso, el comercio necesita de la paz, y ello a pesar de la corriente asociación –atribuida aquí a Roosevelt– del combate con el espíritu viril y de la paz con la decadencia espiritual.

Como se comprobó, los colaboradores de *La Nación* coinciden en afirmar que al producir la unidad nacional, el conflicto armado borra del horizonte la lucha de clases. Si esto produce beneplácito, la posición pro-belicista de los partidos socialistas respecto de la guerra provoca valoraciones disímiles. En su balance de la situación del Reino Unido tras dos años de conflicto reproducido por *La Nación*, E. L. Keen, corresponsal de United Press, reafirma que la guerra unificó al país y suspendió la lucha de clases. La mayoría de los soldados voluntarios son obreros, informa, y los *trade unions* han hecho concesiones y aligerado sus reclamos para sumarse al esfuerzo nacional (1 de agosto de 1916, pp. 2-3). Adam se muestra sorprendido por el giro del socialismo europeo hacia el patriotismo, particularmente en los casos de Francia y de Alemania (12 de abril de 1917, p. 7). Unamuno exhibe una actitud más dura. En su opinión, el socialismo alemán, con su apoyo a la política del *Reich*, se convirtió en una verdadera “subburguesía”, el mejor recurso del militarismo (9 de marzo de 1916, p. 5).

Un temprano balance: Ibarguren

La Nación informó a sus lectores acerca de las conferencias que el profesor universitario y ensayista argentino Carlos Ibarguren (1877-1956) pronunció en el Consejo Nacional de Mujeres de Buenos Aires (3 de agosto de 1919, p. 6). La crónica incluye una detallada información sobre su contenido y una amplia cita textual. El conferencista explicó, según la nota, que la guerra acentuó la tendencia social de la literatura, ya puesta de manifiesto antes de las hostilidades, atenuando el egoísmo, es decir, desarrollando un “lirismo no individualista como fue el de los románticos, sino impersonal”. En este resumen se subraya el eclipse de la épica militar y su reemplazo por el humanitarismo y el sentimiento moral, la abnegación y el sentido del sacrificio. Para el conferencista, el heroísmo anónimo de las masas humildes ya se encontraba antes de 1914, pero no en los campos de batalla sino, y

en esto dice seguir a William James, en los talleres, las fábricas, las máquinas de ferrocarril, las minas y los campos. Como invirtiendo el orden de las figuras social-epocales propuesta por Ernst Jünger en su famoso *Der Arbeiter* (*El trabajador*, 1932), aquí parece afirmarse que fue el obrero completamente mecanizado quien precedió al combatiente sojuzgado por la técnica militar, y no a la inversa.

Estas conferencias fueron muy pronto editadas en libro y constituyen un excepcional documento acerca de la más temprana recepción de la literatura de la Gran Guerra en la Argentina.¹¹ Pero la originalidad en la aproximación, el vasto conocimiento actualizado que despliegan estas páginas y la sensibilidad para el análisis del momento cultural hacen de esta obra algo más que un documento. Se trata de un análisis cuya penetración conserva todo su poder de sugestión; ideas e interpretaciones aquí expuestas se convirtieron luego –y sin que mediara una referencia a esta obra, la cual sigue siendo una rareza bibliográfica– en tesis seminales de los estudios sobre el período.

Los dos capítulos iniciales del libro de Ibarguren focalizan los antecedentes literarios de la escritura sobre la guerra, y sólo el tercero y último se abocan a un pormenorizado análisis de las producciones durante la Gran Guerra. El autor centra su estudio en la literatura francesa, pero no ignora que otras vertientes nacionales podrían exhibir ejemplos relevantes para sus consideraciones. Sólo que, según aclara, en la Argentina la comunicación cultural más fluida es con Francia. La literatura alemana sobre la guerra apenas se empieza a difundir en el país en el momento de escribir su ensayo, puesto que el bloqueo impuesto al *Reich* dificultaba el intercambio. No obstante, el análisis arriesga una comparación entre la riqueza de la vida interior y la de la esfera de los sentimientos, expresivamente plasmadas en la literatura francesa, frente a la austeridad que en ese plano muestran las obras alemanas que, con ello, reflejarían una idiosincrasia nacional.

De acuerdo con el autor (y en sorprendente coincidencia con las afirmaciones de Hobsbawm mencionadas más arriba) la crisis de 1914 debe interpretarse como el final del siglo XIX, de su materialismo positivista y de la hegemonía de los “financieros y los biólogos”. La guerra vino a exaltar espiritualmente una cultura adormecida poniendo como protagonista al heroísmo anónimo animado por ideales patrióticos. Una emoción de cuño romántico sustituyó así la vulgar mediocridad burguesa dominante; los deberes nacionales, al “yo” egoísta. La alegría por entrar en combate impulsó a enrolarse a los jóvenes “sedientos de epopeya”, pero este entusiasmo sería muy pronto desilusionado por la horrible realidad de la batalla. Con todo, las vivencias del combate forjaron una “sublime solidaridad”, un “sentimiento de cohesión de los hombres ante la muerte”, superando así la estrechez individual de la vida privada pacífica. Ibarguren afirma que la trasposición a la paz de los valores superiores generados por el peligro no será automática y sólo se hará posible mediante el sentimiento del deber.¹²

Todos éstos son tópicos que los articulistas de *La Nación*, como se pudo comprobar, también habían trabajado a su manera. Eso es lo que hace de este libro una especie de síntesis de los temas que han venido exponiéndose aquí. Ibarguren se hace eco, asimismo, de la discusión acerca del carácter antiartístico de la guerra tecnificada, aunque centra su observación en las limitaciones visuales, rescatando en cambio sus posibilidades literarias. Las bata-

¹¹ Carlos Ibarguren, *La literatura y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Cooperativa editorial, 1920.

¹² *Ibid.*, pp. 119-126.

llas modernas, en su confusión, no ofrecerían material para el artista (el autor piensa ante todo en la plástica); “ellas son la lucha de lo invisible contra lo desconocido”. Por otra parte, ya no hay nada teatral en el combate, sólo sangre, barro y monotonía.

La guerra ha perdido, por completo, su poesía visible y su belleza para la pintura y para la escultura, pero ella, en sus rasgos esenciales y profundos suministra un caudal inagotable para la emoción trágica y aporta un riquísimo material a la literatura psicológica.

La guerra estimularía la autoconciencia de la vida anulando la personalidad individual del soldado pero impulsando, paradójicamente, la vida interior y el misticismo religioso, llevando así al soldado a una revalorización de la existencia sobre un horizonte fatalista que cancela toda capacidad de proyectar un futuro. La vida se revela en su inmediatez y como tal es valorada por los movilizados.

Ibarguren ofrece toda una serie de ilustraciones literarias sobre la pérdida de la esperanza de los combatientes en su supervivencia, su indiferencia ante el destino y la aceptación irreflexiva de la situación en la que se hallan. Para los soldados anónimos “vencer es vivir”. Es en la inacción cuando el sentimiento de sí y el egoísmo individualista retornan; la acción bélica, en cambio,

[...] disipa la melancolía [y] [...] al primer llamado enérgico del jefe, o en el momento de peligro, todos en las filas se levantan; la disciplina militar, que no es sino una de las formas de la disciplina social, domina las almas, el sentimiento social del deber lleva los corazones.

La voluntad nacional en la acción colectiva gobierna la individualidad. Ello implica una superación del egoísmo, aunque asimismo una hipnosis, generada por la “sugestión social”, que suspende la autonomía del sujeto convirtiéndolo “en un esclavo [que] acepta la más terrible servidumbre y se resigna a ella”.¹³ La abnegación del soldado, encomiada por la literatura, es puesta aquí bajo sospecha: ¿se trata de un sacrificio consciente o de una respuesta servil y maquinal?

El dolor reciamente sufrido es, según el crítico, la nota dominante de la lírica de guerra, completamente a salvo, por la piedad que inspira el padecimiento del otro, de la verborragia oratoria y del odio nacionalista que distinguen la lírica oficial. El poema de los guerreros describe un martirio y exalta el deseo de paz; es testimonial antes que retórico, y ello es así porque está escrito por combatientes y no por ideólogos. Ibarguren no olvida en sus análisis las canciones populares, cuyo tema es la resistencia al invasor y la indignación contra los colaboracionistas. Otras piezas de este género, muy lejos de la temática de los himnos estatales escritos por encargo, tienen un tono entristecido: son las canciones del frente que expresan una despedida de todo lo bueno de la existencia y la rabia contra la vida apacible que llevan en la retaguardia quienes especulan con la hecatombe y no se arriesgan en ella.

Por cierto que en el amplio balance que presenta Ibarguren hay un lugar para la valoración de *El fuego*. La guerra, se afirma, ha encendido también el ardor revolucionario y muchos autores manifiestan en sus obras sus convicciones izquierdistas. Tal es el caso de Bar-

¹³ Carlos Ibarguren, *La literatura y la Gran Guerra*, cit., p. 161.

busse y de su libro “sombrió, angustioso, terrible como el ambiente que lo ha forjado”.¹⁴ Encomia la objetividad, la sinceridad de su imagen de la guerra, carente de toda teatralidad en la presentación de la monotonía y la pesadumbre de la vida militar. Con todo, esa sinceridad no resulta económica; el libro

[...] adolece del defecto de contener demasiada literatura [...] [y] hubiera ganado con una mayor sobriedad. Ibarguren compara a *El fuego*, a la que considera la más hermosa de las novelas que escribió su autor, con otras como *Claridad* (*Clarté*) a las que tiene por declamatorias puesto que Barbusse se “enciende en proclamas sociales”.¹⁵

Los *poilus* de Barbusse son almas sencillas que simbolizan a todos los combatientes, verdaderos proletarios de la guerra, en cuya representación —dice refiriéndose al escritor Henry Jacques, el Barbusse de la poesía como lo denomina en una ocasión— hay una “conjunción extraña de idealismo lírico, de piedad y de realismo bárbaro”. En la línea de los exponentes de la literatura revolucionaria el crítico menciona a *El hombre es bueno*, la novela “espartaquista” de Leonhard Frank por entonces en proceso de traducción, según informa.¹⁶ Dentro del conjunto de análisis de Ibarguren, ésta es una de las raras referencias a una literatura distinta de la francesa. Frank es un anarquista sentimental, pleno de misticismo antiestatal, pero su obra es fallida porque construye símbolos en lugar de personajes. La crítica que se le dirige echa mano a una comparación interesante entre la consistencia del realismo literario como valor alto y la velocidad desintegradora del cine, espectáculo de masas que sólo busca el impacto. En la novela “las escenas no pasan naturalmente como en la vida, sino con una incoherencia frenética, como la de esas cintas cinematográficas hechas para turbar a los espíritus simples”.

Los libros de guerra conjugan, para Ibarguren, el documento histórico, el testimonio, la descripción de la psicología de unas gentes en su época junto con aspiraciones estéticas. Describen el “proletariado militar” y la pasión de los héroes oscuros del pueblo. Plantean el básico tema del sentido de la cruel experiencia: la guerra sólo se justificaría si abona la paz y abre el camino para una sociedad mejor e igualdad que supere la “enfermedad social” que produjo la hecatombe. Pero, ¿servirá realmente para algo todo ese sufrimiento o sólo perpetuará el estado de cosas existente antes de él?

Al lado de estas consideraciones sociales, signos de la curiosa sensibilidad de un autor que más tarde tomaría partido por el golpismo conservador de su país, Ibarguren concluye arriesgando algunos pronósticos sobre el futuro de la literatura. Como algunos articulistas de *La Nación*, también se formula la pregunta: ¿qué efectos produjo la guerra en la literatura, y cuáles producirá todavía? Su análisis y su pronóstico están, de hecho, adecuadamente condensados en la nota en la que el periódico reseñó sus conferencias. Una mayor orientación social, guiada por un impulso igualitarista, y la exaltación de los ideales de solidaridad son los tópicos centrales de la literatura de guerra. Detecta en ella asimismo una mayor simplicidad de

¹⁴ Carlos Ibarguren, *La literatura y la Gran Guerra*, cit., p. 230.

¹⁵ *Ibid.*, p. 234.

¹⁶ *Ibid.*, p. 236. La obra se publicó finalmente con un amplio estudio introductorio del traductor, un diputado socialista argentino: Leonhard Frank, *El hombre es bueno* (trad., notas y prólogo de Augusto Bunge), Buenos Aires, Pax, 1919.

estilo (contraria a los artificios y sutilezas de la escritura de preguerra) que redundaba en un aumento de la fuerza expresiva conseguido mediante la concisión en la plasmación de sentimientos. Todo ello se caracteriza como la consecuencia de un “soplo espiritualista, lírico y místico” que tiene traducciones políticas pero también religiosas. Esta intensificación de la preocupación social va de la mano con una densificación de la vida interior. Y es entonces cuando Ibarguren sostiene que, en lo sucesivo y tal como lo había consignado la crónica de *La Nación* citada, “asistiremos a una grandiosa expansión del lirismo, no individualista, como fue el de los románticos, sino impersonal”.¹⁷

Una guerra escrita

Cuando Unamuno menciona el epistolario de Masson, motivo de su propio análisis sobre la espiritualización que produce la guerra, aclara que también el traductor francés de su mayor obra, *El sentimiento trágico de la vida*, hizo su trabajo en el frente. Unamuno no hace más que constatar un hecho evidente: antes de la radio y del cine, en los frentes de batalla de la Gran Guerra se escribía mucho. Y todos escribían: los intelectuales sus trabajos, los otros sus cartas, los corresponsales sus despachos. Múltiples antologías del epistolario de los soldados –algunos reconocidos en el ambiente literario de la vida civil, otros anónimos por completo– demuestran la importancia que reviste el correo como vínculo entre la línea de batalla y la retaguardia. Una cantidad de libros técnico-militares se publicaron en Inglaterra, Francia y Alemania (algunos de estos últimos fueron traducidos para la Biblioteca del Oficial del Ejército argentino, donde la presencia alemana a nivel formativo era importante) al lado de numerosas novelas escritas por reservistas de toda Europa.

Es por tanto normal que los intelectuales dedicaran tanta importancia al análisis del fenómeno de la literatura de guerra en un medio escrito como *La Nación*. Sorprendente es, en cambio, la relativa afinidad en la constelación temática de sus preocupaciones y actitudes. Dicha frecuencia compartida posibilita su agrupamiento en tres categorías distintas: los opositores a la guerra, los que la consideran un mal necesario y los que, finalmente, la ven como una dramática posibilidad civilizatoria. En otro plano, todos coinciden en el impulso profundo que la crisis imprime a la producción literaria. La escritura anterior a 1914, en especial la francesa, es valorizada negativamente como dominada por temas superficiales. La guerra vuelve insostenible el tratamiento de esos temas –dramas de alcoba, dilemas burgueses– generando dos tendencias estéticas principales: el realismo bélico-social y el espiritualismo.

Estas conclusiones, sin embargo, no se desprenden de un análisis puramente interior de las obras, sino de una valoración de su capacidad para penetrar el crítico contexto social y político del que son expresión. La realidad de la batalla, donde la técnica y no el heroísmo individual es el protagonista principal, y en la que la imaginación creadora se ve amenazada por la mecanización de la acción militar individual, es percibida como un límite, pero también como una posibilidad para la literatura. Porque si el portentoso espectáculo de la muerte masiva puede invitar a una recaída naturalista, también facilita un distanciamiento metafísico. Para los colaboradores de *La Nación*, ambas perspectivas señalan los ejes de desarrollo de la

¹⁷ Carlos Ibarguren, *La literatura y la Gran Guerra*, cit., p. 247.

narrativa futura. En ella se depositan esperanzas estéticas y políticas, pues está llamada a estilizar la experiencia histórica en una gran obra pero también a dotar de sentido a la tragedia. Estas discusiones tienen lugar en el marco de una crisis de la razón ilustrada cuyos ideales de civilización desembocaron en un crimen político de proporciones. El dilema básico al que tratan de dar respuesta los articulistas de *La Nación* resume la preocupación cultural central del momento: ¿marca aquel crimen el final de la comprensión iluminista o, por el contrario, significa un desvío que terminará dándole nuevas energías regeneradoras? Entre los que se inclinan por esta última posición están quienes visualizan oportunidades morales en medio de la catástrofe. Contra el *ennui*, el crudo mercantilismo y el egoísmo individualista a los que condena la paz burguesa, los campos de batalla ofrecen ejemplos de solidaridad y elevación ética en el sacrificio por los otros. Exaltado por la literatura realista de tendencia radical o reivindicado por visiones militaristas reaccionarias, este punto de partida moral, ahora lo sabemos, no fue suficiente para reencauzar el programa iluminista en las décadas que siguieron a la paz de Versailles. □

Bibliografía

(Artículos citados de *La Nación*, en orden alfabético)

Adam, Paul, “La inteligencia y la guerra”, 12 de abril de 1917, p. 7.

De Gourmont, Rémy, “Carta de París”, 12 de enero de 1915, p. 4.

———, “La guerra y la literatura francesa”, 31 de enero de 1915, p. 4.

De Miomandre, Francis, “Los premios Gouncourt 1916”, 28 de marzo de 1917, p. 6.

De Souza Reilly, Juan José, “Panorama de la guerra. El refugio de los redentores”, 14 de mayo de 1916, p. 7.

———, “Panoramas de la guerra. El proceso de los ‘tolstoísantos’”, 8 de septiembre de 1916, pp. 5-6.

De Unamuno, Miguel, “Un extraño rusófilo”, 28 de octubre de 1914, p. 4.

———, “Un relato de cautividad”, 9 de marzo de 1916, p. 5.

———, “Nada de pretensiones”, 29 de abril de 1916, pp. 5-6.

———, “Paz armada y guerra inerme”, 1 de agosto de 1916, pp. 5-6.

———, “Pensamiento de guerra”, 28 de mayo de 1919, p. 4.

———, “El manifiesto del grupo ‘Claridad’”, 23 de noviembre de 1919, p. 5.

Ferrero, Guglielmo, “El milagro de la guerra”, 18 de julio de 1915, p. 5.

García Calderón, Francisco, “La ideología de la guerra y la América”, 3 de agosto de 1914, p. 4.

———, “La guerra y los ideólogos”, 11 de enero de 1915, pp. 3-4.

———, “Romain Rolland y la guerra”, 12 de marzo de 1915, p. 3.

———, “El intelectual soldado”, 9 de diciembre de 1916, pp. 5-6.

———, “La academia Gouncourt y la guerra”, 9 de abril de 1917, p. 6.

Gómez Carrillo, Ernesto, “La vida literaria. Una novela alemana”, 7 de junio de 1917, p. 6.

———, “La vida trágica. El apostolado de Maeterlink”, 25 de junio de 1916, p. 5.

Keen, E. L., artículos sin título sobre Gran Bretaña, Francia, Alemania y España por el corresponsal de United Press, 1 de agosto de 1916, pp. 2-3.

Loti, Pierre, “Dos pajarillos”, 25 de febrero de 1916, p. 5.

Nervo, Amado, “Después de la guerra”, 18 de diciembre de 1914, p. 5.

———, “La vida y la literatura de mañana”, 23 de abril de 1915, p. 5.

———, “Dos años”, 1 de agosto de 1916, p. 4.

———, “La verdad”, 8 de febrero de 1916, p. 5.

———, “Recogimiento”, 13 de mayo de 1917, p. 6.

Nordau, Max, “La cruz verde”, 19 de diciembre de 1915, p. 6.

———, “Los mil y un días de guerra”, 10 de junio de 1917, p. 5.

———, “Solidaridad e interdependencia”, 9 de julio de 1917, p. 5.

———, “Los enriquecidos. Un de las calamidades de la guerra”, 21 de noviembre de 1917, p. 5.

Sanin Cano, Benjamín, “La aurora de un mundo nuevo. Nostalgia del campamento”, 21 de mayo de 1919, p. 4.

Sin firma, “Conferencias: La literatura de guerra”, 3 de agosto de 1919, p. 6.